

EL ORGANILLO

Las relaciones constantes de Alcázar con Madrid y su influencia para estimular nuestro espíritu imitativo, nos ha hecho aludir varias veces a este popular instrumento.

Le venía el nombre de su tamaño y recibía también el de manubrio por tocarse con una manivela que movía un cilindro con púas.

Deben quedar muy pocos, si es que queda alguno, pero su recuerdo va unido al Madrid castizo, sentimental y bullanguero, de los merenderos y verbenas y los recorridos diarios por la mayoría de las calles para alegrar los espíritus.

En cualquier sitio que hiciera falta música alegre con poco gasto, había un organillo y como no iba a ser ese el único detalle en que Alcázar no imitara a Madrid, los tuvo muchas veces y durante tiempo, en los cafés del paseo, cuando ya decaían y se acabaron los guitarristas flamencos.

En Madrid había verdaderas pandillas de organilleros, formadas por los chulos mas acreditados de cada barrio.

Galdós, que tantísimas estampas brillantes de Madrid tiene en todas sus obras, dice en «Lo prohibido» por boca de su protagonista:

«Cuando regresé ya se oían algunos de esos pianos de manubrio que son la mas bonita cosa que ha inventado la vagancia. Dan a Madrid la animación de una tertulia de baile de cursis, en que todo es bulla, confianza, ilusión juvenil, compás de habaneras y polkas, sin que falten tectos atrevidos y equívocos picantes. Estos pianos, el toque de esquilas eclécticas, que tañen todos los días y los domingos atruenan, el ir y venir de la gente que no hace mas que pasear (1) y otros mil perfiles característicos de un pueblo en que toda la semana es domingo, eran para mí la expresión externa de vivir al día y de esa bendita ignorancia del mañana sin la cual no hay felicidad que sea verdadera».

Apreciación genial de las que tantas tenía Don Benito que, sin ser madrileño, sentía los madriles como se siente la tierra propia. Claro que era canario, que es ser mas que andaluz y Andalucía es la tierra que mejor se amasa con el agua de Lozoya. El rasgo distintivo de aquellos chulapos era la vagancia, efectivamente y ellas les cantaban aquello de:

—Por no trabajar gandul,
te arrimaste a una mujer,
pues te gusta disfrutar,
y vivir a tu placer.
Si un duro puedes gastar,
es porque te lo doy yo,
y aún me llevas a empeñar,

(1) Ramón Gómez de la Serna, hablando de Quevedo, como puro madrileño, dice que se paseaba a gusto y no por vanidad, sino por palear en el al-higui de la vida las brevas del vivir, el recuento del día, su ración de estrellas diurnales.